

4.1. El Camino de Santiago en territorio navarro. Infraestructura viaria y hospitalaria

MARÍA DEL CARMEN MUÑOZ PÁRRAGA

«**S**ON CUATRO LOS CAMINOS A SANTIAGO que en Puente la Reina, ya en tierras de España, se reúnen en uno solo. Va uno por Saint-Gilles, Montpellier, Toulouse y el Somport; pasa otro por Santa María del Puy, Santa Fe de Conques y San Pedro de Moissac; un tercero se dirige allí por Santa Magdalena de Vézelay, por San Leonardo de Limoges y por la ciudad de Périgueux; marcha el último por San Martín de Tours, San Hilario de Poitiers, San Juan d'Angély, San Eutropio de Saintes y Burdeos. El que va por Santa Fe y el de San Leonardo y el de San Martín se reúnen en Ostabat y, pasando Port de Cize, en Puente la Reina se unen al camino que atraviesa el Somport y desde allí forman un solo camino hacia Santiago»¹.

Así es como define la *Guía del Peregrino* las cuatro vías principales que constituían el entramado de una compleja red de caminos secundarios que, atravesando Francia, confluían en España en un único camino llamado «Camino Francés». La Vía Tolosana, que empieza en Arlés, era la que utilizaban los peregrinos que procedían de Italia, Suiza y Europa Central, así como los romeros que, desde Roma, peregrinaban a Santiago o viceversa; cruzaba los Pirineos por el paso de Somport y, a través de Jaca y Monreal, alcanzaba en Puente la Reina la otra vía más occidental procedente de Roncesvalles. La Vía Podense, que partía de Santa María del Puy, es la de los caminantes que llegaban del centro de Francia y del este de Europa. La Vía Lemovicense saliendo de Vézelay pasaba por Limoges y, cruzando el país oblicuamente, es la que recorrían alemanes y alsacianos. Por último, la Vía Turonense que, arrancando de París pasaba por Orleáns, Chartres y el santuario de San Martín de

Tours, era la que frecuentaban los peregrinos del norte de Europa. Estas tres vías se juntaban en Ostabat y por St. Jean-Pied-de-Port, Valcarlos e Ibañeta llegaban a Roncesvalles.

Este texto del *Liber Sancti Jacobi*, pone de manifiesto la importancia que adquirió el territorio navarro por su situación estratégica en el Pirineo Occidental, convirtiéndose en paso obligado de los viajeros europeos, así como en la encrucijada de caminos que, procedentes de Europa, conducían a la tumba del apóstol Santiago. Por ello, Navarra se cita en numerosas ocasiones en los libros de viaje de los peregrinos, destacando entre todos este *Codex Calixtino* del francés Aimeryc Picaud, quien nos da una detallada descripción de la Navarra medieval, aunque con una subjetiva visión de los navarros. La *Guía* precisa que es «tierra considerada feliz por el pan, el vino, la leche y los ganados»², cualidades que compensan en cierto modo la descripción tan desfavorable que hace más adelante de sus habitantes.

El hallazgo del cuerpo del Apóstol en pleno siglo IX y la construcción de la basílica compostelana sobre su sepulcro hicieron que Santiago de Compostela tuviese una gran trascendencia en el desarrollo de su culto, siendo reverenciado por los fieles europeos. Cada vez fue mayor la afluencia de peregrinos, llegando incluso a superar en popularidad a las grandes peregrinaciones que se hacían a Roma, donde se encontraba la tumba de San Pedro y la mayoría de los cuerpos santos como mártires de la Iglesia, y a Jerusalén, donde se hallaban los Santos Lugares escenario de la vida, milagros y muerte de Cristo en Palestina.

Mientras que en los siglos IX y X el culto a Santiago tuvo un carácter más restringido, a par-

¹ *Liber Sancti Jacobi* 1992. Libro V, Capítulo I, pp. 497-498.

² *Idem*, Libro V, Capítulo VII, p. 519.

tir del XI se produce un gran auge y con él la formación del Camino. A comienzos de la décima centuria, con la conquista de Nájera y Calahorra por Sancho Garcés I (905-925), se abre una nueva vía que se aleja de las zonas conflictivas, modificando el trayecto, que desde Pamplona hacia el Sur conducía a los viajeros por las tierras de Álava, hacia las tierras de Estella mucho más seguras, al desviarse por Nájera. La *Historia Silense* atribuyó erróneamente dicho desvío a Sancho III el Mayor: «Porque desde los mismos montes Pirineos hasta el castillo de Nájera, sacando de la potestad de los paganos cuanto de tierra se contiene dentro, hizo correr sin retroceso el camino de Santiago, que los peregrinos torcian desviándose por Álava, por temor a los bárbaros»³. Es evidente que el cronista confunde a Sancho el Mayor (1004-1035) con Sancho Garcés quien, verdaderamente, fue el que llevó a cabo el proceso de formación del trazado que se culminó en el siglo XII, mientras que Sancho III fue el que declaró el Camino como *vía pública*⁴. Este hecho debió coincidir con la supresión que hizo Alfonso VI, en 1072, del peaje establecido por Alfonso V, que pagaban los peregrinos a su paso por Autares, quizás debido al tránsito frecuente de viajeros y mercancías durante el siglo X⁵. Dicho documento debemos considerarlo de gran interés por atestiguar la antigüedad del Camino, así como el crecido número de viajeros o mercaderes de diversas nacionalidades que lo frecuentaban, incluidos los peregrinos que se dirigían a Santiago *causa orationis*.

A partir de entonces, el flujo creciente de peregrinos colaboró a marcar esta ruta como el Camino de Santiago, así como su internacionalización a lo que contribuyó también la idea reformadora de los monjes benedictinos procedentes de Cluny. Desde los más remotos confines reyes, nobles, clérigos, artesanos, mercaderes, etc., se aprestaron para el viaje convirtiéndose en los propagadores del culto al Apóstol.

A finales del siglo IX, los diplomas de Alfonso III ya constatan la llegada de peregrinos a Compostela y, a partir de entonces, el incremento de datos sobre personajes célebres que peregrinan a ver el sepulcro permite suponer una rápida expansión del culto al apóstol. La primera

noticia fiable de un peregrino extranjero es de Godescalco, obispo de Puy, con quien podemos decir que se inicia la llegada de hombres ilustres del otro lado de los Pirineos. Viajó en el año 950 por «motivos de oración, con una gran devoción y, acompañado de una gran comitiva, que se dirigía a los confines de Galicia para implorar humildemente la misericordia de Dios y el sufragio del apóstol Santiago». Una vez cumplida la peregrinación regresó a su país en 951, según consta de su paso por el monasterio de San Martín de Albelda, entonces en territorio navarro.

En el siglo XI es cuando ya se dan las condiciones para que el peregrino pueda cruzar de Este a Oeste el norte de la Península sin temor a las luchas entre cristianos y musulmanes, y sin necesidad de tener que recorrer el siempre difícil terreno montañoso de la costa. Toda una serie de rutas mayores y menores se extendían desde Roncesvalles a Compostela por las que transitaban los viandantes, y fue el fenómeno de la peregrinación lo que llevó a decir a los mensajeros ismaelitas cuando visitaron a la reina Urraca y a su hijo Alfonso, como legados del caudillo almorávide Ali ben Yusuf (1106-1142): «¿Quién es éste tan grande y tan importante a quien innumerables cristianos de uno y otro lado de los Pirineos se dirigen para orar? Tanta es la multitud de los que van a él y vienen, que apenas nos dejan libre el camino para occidente»⁶.

Cuando se fija definitivamente el itinerario de la ruta jacobea y los reyes toman conciencia de su importancia, se llevaron a cabo una serie de infraestructuras para favorecer los desplazamientos de los viajeros haciendo caminos, construyendo iglesias, monasterios, puentes, albergues, hospitales⁷, etc. Es entonces cuando nace y se desarrolla una arquitectura funcional que asegura y facilita el ir y venir de los peregrinos. Sin embargo, se vienen definiendo como jacobeos una serie de edificios y trazados urbanísticos que son utilizados por los peregrinos, aunque su origen tipológico nada tenga que ver con el fenómeno de la peregrinación. Por ello, se aplican los términos de iglesias de peregrinación, románico de peregrinación o jacobeo, hospitales jacobeos o de peregrinos, ciudades de peregrinación, fachadas-anuncio de peregrinación,

³ *Historia Silense* 1959, n.º 74, p. 179; *Introducción a la Historia Silense* 1921, p. CXIII.

⁴ «...y ensanchó su reino hasta los ríos Pisuerga y Cea y la vía pública que llamamos Camino de Santiago, de la que los peregrinos por temor a los moros se apartaban, yéndose entonces por un desvío de Álava, la hizo discurrir por un lugar por el que se fuera sin el impedimento de oposición alguna» (Crónica Najerense 2003, Libro III, p. 158).

⁵ López Alsina 1993, pp. 271-272.

⁶ *Historia Compostelana* 1994, II, L, 1 p. 383.

⁷ Para una idea de las infraestructuras de atención al peregrino en el Camino desde Somport o Roncesvalles a Santiago en Muñoz Párraga 2004, pp. 129-150.

etc... Todas estas afirmaciones, que son ciertas en tanto en cuanto pretendan indicar que se encuentran en el Camino, son equívocas si desean afirmar que son tipos, formas o conceptos creados prioritariamente por o para la peregrinación jacobea⁸.

Los reyes de Navarra se esforzaron en gran manera para que los peregrinos que iban a Santiago de Compostela pasasen por los valles navarros. Se construyeron caminos, lo que favoreció el desarrollo de intercambios comerciales, culturales y de la vida urbana. En los accesos principales del Pirineo se levantan dos hospitales famosos en todo el mundo: Santa Cristina de Somport y Nuestra Señora de Roncesvalles. Sancho el Mayor inició el proceso de sustituir la vieja liturgia hispana para adoptar la de Roma. A su esposa, la reina doña Mayor, o más probablemente a su nuera, doña Estefanía, esposa de García el de Nájera, tradicionalmente se le asigna la construcción de un puente de piedra en la villa de Puente la Reina, situada en el camino de romaje. De mediados de esta centuria son los hospitales que se atribuyen a la iniciativa de García Sánchez, como los de Irache (1051-1054) y Nájera (1052), quien hace una donación a este último en favor de «los peregrinos o huéspedes, porque en ambos se recibe a Cristo». Sancho Ramírez ordenó que no se cobrara a los peregrinos los portazgos de las dos rutas que cruzaban su reino, por Jaca y por Pamplona; asimismo, favoreció los hospitales catedralicios de Jaca (1084) y Pamplona (1092). Además, surgen importantes núcleos de población donde se levantarán algunos de los más destacados edificios navarros. En la villa de Estella se instala un nuevo burgo para que sirviese como fin de etapa a los peregrinos, recibiendo de Sancho Ramírez el mismo Fuero de Jaca y se crea un estatuto jurídico para repoblar los núcleos urbanos, y así consolidar las poblaciones francas que habían surgido en puntos cruciales del reino de Pamplona. En 1090 se había desarrollado en Puente la Reina un núcleo de repobladores francos a los que, en 1122, Alfonso I el Batallador otorgó el Fuero de Estella. En ese mismo año de 1122, los habitantes de la antigua villa de Rocafort, a instancias del mismo monarca, se instalaron en la margen izquierda

del río Aragón y, por los privilegios que les concedió el rey, se formó la nueva población de Sangüesa en el emplazamiento actual, etc.

El itinerario del Camino de Santiago en Navarra tiene dos rutas principales: la de Roncesvalles que, a través de los valles de Erro y Esteribar, llegaba hasta Pamplona para continuar hacia Puente la Reina, y la que desde Somport conducía a Sangüesa, Monreal, Tiebas, Eunate, Obanos... confluyendo con la otra en Puente la Reina. A partir de aquí el camino queda unificado y discurre por Mañeru, Cirauqui, Estella, Irache, Los Arcos, Torres del Río y Viana, abandonado el territorio navarro para entrar en La Rioja, tras cruzar el río Ebro.

A estas rutas principales debemos añadir otros caminos secundarios utilizados por algunos peregrinos. Por ejemplo, la ruta de Bayona, de cuya utilización dan testimonio las instituciones hospitalarias del recorrido, que iba por Urdax, a través del valle de Baztán, Santa María de Velate en el valle de Ulzama y, confluyendo en Arre con el camino de Roncesvalles, llegaba a Pamplona. La ruta de Araquil, era una importante calzada que partía de Pamplona y cruzaba los valles de la Barranca, Araquil y Burunda para dirigirse a Álava. La ruta de Aibar, territorio surcado por una serie de calzadas romanas, salía de Sangüesa y marchando por las localidades de Eslava, Lerga, San Martín de Unx, Artajona y Mendigorriá arribaba a Puente la Reina. Por último, la ruta de la Ribera que, por Tudela, tomaban los peregrinos procedentes de Aragón, Cataluña, Valencia, etc.

Cuando el Camino que desde Puente la Reina a Santiago se hace uno se le denomina, desde la Edad Media, de diversas maneras: Camino de Santiago, camino de los peregrinos, *iter francorum* o camino francés, vía francigena⁹, etc. además de otros vocablos antiguos como «camino Sancti Iacobi» o «strata publica peregrinorum», como se recoge en una serie de documentos referidos a Santa Cristina de Somport¹⁰.

Los caminos medievales se trazan según las necesidades del hombre que los transita. En principio, la red viaria utilizada era una serie de rutas que se yuxtaponían a las calzadas hechas por los romanos en sus incursiones por el Pi-

⁸ Bango 1993, p. 107.

⁹ Porque muchos peregrinos venían del otro lado de los Pirineos, pero también por los «francos» que se establecieron a lo largo del Camino, clérigos, monjes, artesanos, mercaderes, etc.

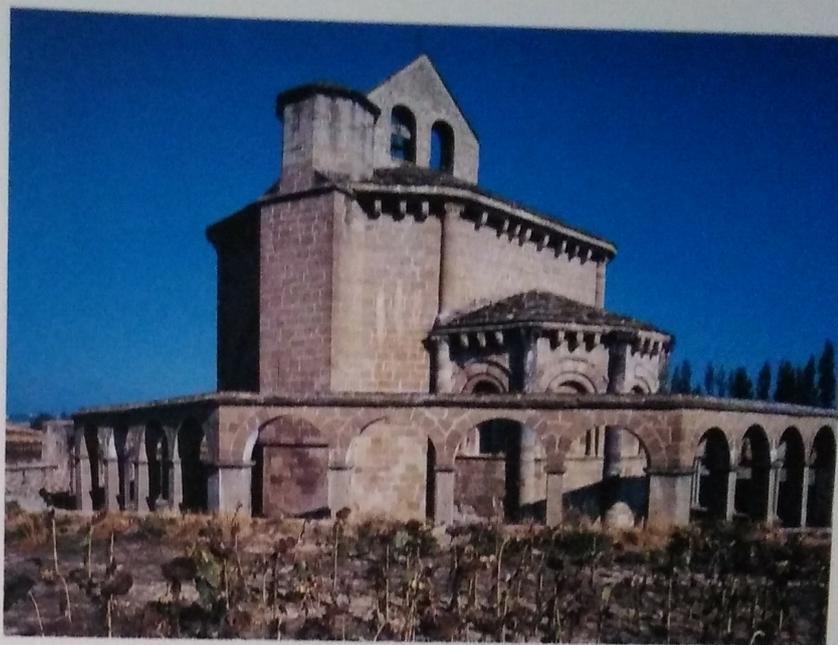
¹⁰ A.H.N., *Santa Cristina*, Leg. 382, n.º 6.

rineo, reutilizando tramos y, a partir del siglo XI, haciéndose otros nuevos. La ruta de Puente la Reina a Estella fue antigua calzada romana y, junto a Cirauqui, todavía se ven restos de algunas losas.

Muchos itinerarios se interrumpían al llegar a las orillas de los ríos y cuando el caudal de éstos impedía la construcción de puentes, se usaban barcas, siendo los barqueros los que se lucraban de tal circunstancia. A consecuencia de ello eran numerosas las reclamaciones que los viajeros hacían contra los abusos de los recaudadores de barcajes y pontazgos. Asimismo, fue muy frecuente el uso de «vados», que utilizaban tanto los viandantes como los jinetes. Los peregrinos, al vadear los ríos se servían del bordón para tantear el lecho del cauce. Si el fondo no era firme, por haber exceso de fango, se empedraba el vado, como todavía se puede ver en dos pequeños riachuelos en las inmediaciones de Los Arcos.

Fue importante el impulso constructivo de puentes que, en ocasiones, reutilizaban las viejas fábricas de piedra romanas, como podemos ver a la salida de Cirauqui el puente de un solo ojo, que une la vieja calzada empedrada salvando el arroyo, ambos modificados en la Edad Media. Asimismo, frente a la Foz de Lumbier se ven los restos de un antiguo puente denominado Puente del Diablo. Es evidente que la técnica de construcción de los puentes medievales tuvo su origen en la ingeniería romana, disponiéndose con un número impar de vanos y par de soportes, con tajamares intermedios y, a veces, sobre éstos se abren unos arquillos que sirven de aliviadero en caso de riadas. Para que el mayor caudal estuviese en el centro del río, el ojo central tenía mayor luz que los otros, y su perfil en «lomo de asno», que se origina por ser apuntada la bóveda central. En el centro del puente solía alzarse una capillita.

Otra de las infraestructuras propias del Camino eran los hospitales y, a lo largo de la Edad Media, fueron diversos los estamentos sociales que intervinieron en su fundación, siendo las órdenes monásticas las que se consideraban como las máximas impulsoras en la asistencia hospitalaria pues, hasta la segunda mitad del siglo XI,



Iglesia de Santa María de Eunate (Navarra)

prácticamente era llevada a cabo sólo por los monasterios. Unas veces se ubicaban en edificios del propio monasterio o en construcciones próximas y otras eran hospitales que dependían de la abadía, pero situados en lugares lejanos. Por los restos materiales conservados, es evidente que no hubo grandes diferencias estructurales entre los hospitales monásticos y los que eran fundaciones de origen episcopal o real. Sin embargo, y a pesar del gran número de hospitales que se construyeron a lo largo de la ruta jacobea, la gran mayoría han desaparecido siendo, únicamente, sus iglesias las que se han mantenido en pie.

La referencia a los hospitales medievales crea una cierta confusión en nuestros días, pues estamos acostumbrados a entender estos establecimientos como recintos destinados a la atención sanitaria. Sin embargo, éstos fueron a la vez hospedería de peregrinos, asilo de pobres desvalidos y lugares para socorrer enfermos. Ya las fuentes medievales hacen una clara alusión a los centros asistenciales, definiéndolos como lugares en los que se recogía a los pobres, se albergaba a los peregrinos o atendía a los enfermos:

Casas de religión son dichas las hermitas y los monesterios de las órdenes, et las eglesias, et los ospitales, et las alverguerías... Pero departimiento ha entre todos estos lugares sobredichos, ca los

unos son llamados religiosos et sagrados, así como los que son fechos con otorgamiento del obispo quier sean eglesias ó monesterios, ... así como los hospitales et las alverguerías que facen los homes para recibir los pobres, et las otras casas que son fechas para facer en ellas obras de piadat¹¹.

Aunque parece que en el texto se trata de hacer una distinción entre hospitales y alberguerías, sin embargo son términos similares que se han utilizado indistintamente. «Alberguería» suele aplicarse a los locales con estructura de baja calidad y escasas dotaciones. «Hospital», como indica claramente su nombre, es el lugar de acogida, donde tendrían albergue y alimento los necesitados viajeros y es el término que se da a las instituciones importantes como Roncesvalles, Santa Cristina de Somport, el del Rey de Burgos, San Marcos de León o el Real de Santiago. En un principio eran edificios modestos que no se distinguían de una simple estructura doméstica pero, a comienzos del siglo XIII ya se empiezan a levantar conjuntos de grandes dimensiones, en los que se disponía un gran espacio basilical, destinado al dormitorio común donde se instalaban las camas, además de un oratorio, el comedor y una cocina. A lo largo de la Edad Media la función y el aspecto de estos hospicios irá transformándose hasta convertirse, en torno a 1500, en dos tipos de instituciones cada vez mejor diferenciadas: el albergue de pobres y peregrinos y la enfermería en la que se da atención a los enfermos. En este aspecto fue importante la intervención de los Reyes Católicos que potenciaron los grandes hospitales, aunando en ellos otros de pequeño tamaño que ya eran ineficaces. Esto sucede en Viana o en Pamplona cuando Remigio de Goñi, a mediados del siglo XVI, funda el Hospital General en el que se acogían desde entonces a la gran mayoría de los peregrinos. En la actualidad, sus instalaciones albergan el Museo de Navarra.

Hasta mediados del siglo XI la hospitalidad que recibían los peregrinos era casi exclusiva de los monasterios. A ésta hay que añadir la dispensada, con el paso del tiempo, por las instituciones laicas o eclesiásticas seculares e incluso por particulares en sus casas. Un largo recorrido co-

mo el del Camino de Santiago debía estar jalonado de gran número de albergues, hospicios y hospitales que atendiesen las necesidades básicas: agua, comida y cama de los cansados y, la mayoría de las veces, enfermos peregrinos. Los primeros indicios de hospitalidad cristiana tardoantigua y medieval deben buscarse en las reglas monásticas que, como la de San Benito de Nursia —la que mayor difusión tuvo en los primeros años del medievo— marcaban explícitamente la obligación reglar de acoger al visitante. San Benito inculca a sus monjes el concepto de hospitalidad, basándose en un versículo del evangelista Mateo sobre el Juicio Final:

Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; peregriné y me acogisteis¹².

Por ello, los monjes tendrán muy en cuenta la idea que Cristo tiene acerca de la hospitalidad, al identificarse con el peregrino en ese pasaje del Juicio Final, y en el capítulo LIII de la regla benedictina, dedicado a la acogida de los huéspedes en el monasterio, se dice:

A todos los huéspedes que se presenten en el monasterio ha de acogerseles como a Cristo, porque Él lo dirá un día: «Era peregrino y me hospedasteis». A todos se les tributará el mismo honor, «sobre todos a los hermanos de la fe» y a los extranjeros... La hospedería se le confiará a un hermano cuya alma esté poseída por el temor de Dios. En ella debe haber suficientes camas preparadas. Y esté siempre administrada la casa de Dios prudentemente por personas prudentes¹³.

La *Regula Monachorum* de San Isidoro especifica que una de las tres partes de los bienes del monasterio se ha de dedicar al socorro de los indigentes y, como San Benito, recoge otro pasaje del evangelista Mateo referido, esta vez, a la instrucción de los apóstoles: «El que os recibe a vosotros, a mí me recibe...»¹⁴. Así, el capítulo XXIII de la regla señala:

A los huéspedes que llegan se les ha de prestar pronta y jovial acogida... Y aunque a todos se ha

¹¹ *Las Siete Partidas* 1807, Tomo I, Partida I, Título XII, Ley I (Reed. 1972, p. 376).

¹² San Mateo, 25, 35.

¹³ *La regla de San Benito* 1993, p. 154 y 157.

¹⁴ San Mateo, 10, 40.

de prestar el beneficio de la hospitalidad con amabilidad, sin embargo a los monjes se ha de conceder una hospitalidad más efusiva y honrosa. Se les debe ofrecer habitación y se les ha de lavar los pies para cumplir el precepto del Señor...¹⁵

A los peregrinos les era fácil localizar los hospitales, que se situaban al borde del Camino o en las ciudades. Muchas veces tenían conocimiento de ellos por la información que recibían de los viajeros que ya regresaban de Compostela, hablándoles de los lugares de hospedaje y del trato que les habían dispensado en cada uno de ellos, así como de las localidades que merecían ser visitadas por la generosidad de sus ciudadanos. Por si esto era poco, los hospitales eran reconocidos por señales colocadas en sus puertas y fachadas, tales como cruces, conchas o *veneras*, etc., distintivos muy familiares para los peregrinos. En el viejo hospital de Lapoblación (Navarra) están tallados en las dovelas de las portadas una concha, un bordón, una calabaza, un sombrero y, en la clave, la palabra «ospi». Incluso, los centros asistenciales enclavados en lugares dificultosos tenían sus propios métodos para orientar a los peregrinos en las tormentas y nevadas o cuando otras dificultades climáticas lo requerían. Así, en el proceso de la visita a Roncesvalles del reformador Martín de Córdoba (1586-1590), se hace referencia a la ermita que se alzaba en la cumbre de los Pirineos, llamada San Salvador de Ibañeta, y ordena repararla y que se pusiese una campana en ella para que «...el ermitaño en la dicha ermita está y estuviera, taña desde que anochezca hasta una hora antes de la noche, cada día, para guía de los caminantes y pelegrinos que en los dichos montes les anoscheciére, lo qual haga en todo tiempo del año...»¹⁶. En 1660 el hospitalero de Roncesvalles, al referir cómo se ejercitaba la caridad con los peregrinos, entre otras cosas, dice: «En la ermita de San Salvador de Ibañeta, que es la capilla de Carlo Magno, donde primero estaba el Hospital, como queda dicho, y que esta en la cima del Pyrineo, vive un hermitaño para que taña la campana desde que se hace de noche hasta las diez de la misma noche, para que sirva de guía a los caminantes y peregrinos

que en los montes circunvecinos caminaren... y si hace mal tiempo se detienen allí, y al día siguiente bajan al Hospital... y el sonido de la campana les sirve de norte para llegar a Ibañeta»¹⁷.

La misma información se recoge en una encuesta hecha en el año 1663, acerca de la hospitalidad de Roncesvalles, en las declaraciones hechas por Martín de Andía¹⁸, sacerdote, notario y secretario del Cabildo y las del licenciado Guillermo de Arrain¹⁹, médico de la real casa, sobre el trato que se daba a los peregrinos en Roncesvalles en el siglo XVII.

En los hospitales se ofrecía a los peregrinos un mínimo de atenciones consistentes en lecho, sal, agua y lumbre para una noche²⁰. Una de las obligaciones de los criados de Roncesvalles era la de cortar leña y tenerla preparada para los fogones del hospital. En Santa María de Velate se conserva la enorme chimenea empotrada en el muro sur del edificio, entre dos contrafuertes. Los más importantes acogían al viajero hasta dos y tres días²¹, como en Roncesvalles, dándoles comida abundante, baño de pies y cabeza²² e, incluso, contaban con asistentes políglotas para atender a los viajeros extranjeros. Por regla general, en estos establecimientos se alojaban indistintamente personas sanas, necesitadas de albergue, con enfermos aunque, en algunos casos, no se recibía a los pobres en tanto hubiera peregrinos que solicitasen asistencia. Para evitar abusos, en las grandes ciudades se optó por marcarles los bordones para que no rebasasen el número de días reglamentados que podían residir. El clérigo boloñés Domenico Laffi, que peregrinó durante el siglo XVII en tres ocasiones a Santiago, refiere así su paso por el de San Marcos de León: «Segnano il Bordone come fanno ancora in Burgos»²³.

Los hospitales más modestos disponían solamente de jergones de paja, mientras que los grandes centros (Roncesvalles, el del Rey de Burgos, San Marcos de León o el Real de Santiago) ofrecían mayores comodidades. Aunque, por regla general, las camas debían ser humildes, sin embargo se podían encontrar algunos lechos lujosos que personas de cierto rango social donaban a los centros, como acto piadoso a la hora de su muerte²⁴. El número de camas podía ser, se-

¹⁵ San Leandro, San Isidoro, San Fructuoso 1971, pp. 123-124.

¹⁶ Ibarra 1936, p. 512.

¹⁷ Burges de Elizondo s/d; Vázquez, Lacarra y Uría 1948-1949 (Reed. 1992), Tomo III, n.º 69, pp. 82-83.

¹⁸ «...Sustenta el dicho ospital un hermitaño en la hermita o vasilica que llaman de San Salvador, sita en los Pirineos y sobre el mismo camino por donde pasan, para que todas las noches toquen la campana que sirva de señal y guía para los dichos peregrinos por que no se pierdan en el camino...» (Vázquez, Lacarra y Uría 1948-1949 (Reed. 1992), Tomo III, n.º 68, pp. 79-81; Ibarra 1936, p. 647).

¹⁹ «Tiene este Real Hospital una ermita, llamada de Carlomagno, y por otro nombre de San Salvador de Ibañeta, en la cima de un monte, donde reside un ermitaño, con obligación de tocar la campana para que al sonido della, los pobres peregrinos puedan salir a puesto seguro, y tiene el ermitaño orden de darles un refresco a los que llegaren afligidos y necesitados, asta que lleguen al ospital...» (Ibarra 1936 p. 648; Vázquez, Lacarra y Uría 1948-1949 (Reed. 1992), Tomo III, n.º 68, pp. 79-81).

²⁰ «A más desto, tienen su regalo del fuego y descanso de cama, tal como desear pudiera el que más necesita della...» (Ibarra 1936, p. 648; Vázquez, Lacarra y Uría 1948-1949 (Reed. 1992), Tomo III, n.º 68, p. 80).

²¹ «...a los peregrinos y pobres pasajeros que en el se acogen, permitiendo que descansen en él dos y tres días y a muchos obligándoles a que se detengan más tiempo por verlos flacos y devilitados...» (Vázquez, Lacarra, y Uría 1948-1949 (Reed. 1992), Tomo III, n.º 68, p. 80; Ibarra 1936, p. 647).

²² Recordando los textos del Génesis sobre la hospitalidad cristiana vemos cómo Abraham («...haré traer un poco de agua para lavar vuestros pies, y descansareis debajo del árbol...», 18, 1) y Lot («...os ruego que vengáis a la casa de vuestro siervo, para pernoctar en ella y lavaros los pies», 19, 2) lavaron los pies a los ángeles peregrinos cuando los visitaron. Dicha costumbre adquirió un carácter ritual como se expone en el Evangelio de San Juan, cuando Jesús la vispera de la Pascua, y acabada la Cena, lavó los pies a sus discípulos (13, 1-20). Un poema del siglo XIII de



Iglesia del Santo Sepulcro de Torres del Rio (Navarra)

gún los casos, tres o cuatro o superar la docena, cifra con la que se emulaba el número de los apóstoles. Fue habitual durante la Edad Media que en una sola cama durmiese más de una persona, costumbre que perduró hasta época moderna. Este hecho no fue particular del Camino de Santiago hispano pues, en 1771, Luis XVI dispone, respecto al Hospital de París, que «en cada cama no se colocasen más que dos enfermos, separados uno de otro por una tabla interpuesta». En otro informe de 1790 se dice que había en aquel hospital camas de dos pisos, uno inferior, con cuatro enfermos, y otro superior «a modo de imperial» en el que se acostaban tres³⁵. Del mismo modo, estaba prevista la separación de los dormitorios de hombres y mujeres en la misma planta o en pisos diferentes y, en ciertos casos, había habitaciones para personajes distinguidos, aun en los hospitales de menor categoría.

Los hospitales se solían instalar cerca de las iglesias y ermitas o tenían capillas propias atendidas por religiosos, ya que no se podía concebir una fundación hospitalaria sin un templo próximo o anejo. En las fundaciones monásticas eran las mismas comunidades las encargadas del culto y en las de carácter laico se designaban clérigos. Asimismo, la atención a los enfermos no siempre era realizada por los religiosos, ni siquiera en los hospitales dependientes de la iglesia, para ello había ciertos «fratres» y «sororas» encargados de desempeñar dicho trabajo.

Muchos de estos peregrinos no llegaban nunca a Compostela, ya que morían en el Camino a causa de las múltiples enfermedades. Por eso, si los peregrinos fallecían era también deber de los hospitales hacerles un entierro con toda solemnidad y darles sepultura en iglesias y cementerios, algunas veces hechos exclusivamente en su beneficio. En Navarra, se conservan tres curiosos edificios de planta central, vinculados al Camino, que funcionaban como capillas funerarias, cementerio y refugio de peregrinos: la «capilla del Espíritu Santo de Roncesvalles, Santa María de Eunate y el Santo Sepulcro de Torres del Río». Existen documentos referentes a las dos primeras que aportan datos suficientes para demostrar que, si tuvieron varias funciones, una de ellas fue la de ser utilizadas como en-

terramiento. La tercera, dada su advocación al Santo Sepulcro y una posible relación con su respectiva orden militar, también tiene un evidente sentido funerario. Sin duda, su funcionalidad es lo que conlleva esta tipología templaria³⁶. De la capilla del Espíritu Santo, llamada también Silo de Carlomagno, el poema latino *La Preciosa* refiere su empleo como osario³⁷. Sobre una cripta cubierta con bóveda de cañón, que era el carnario de los peregrinos que morían en el contiguo hospital, se alza una capilla con bóveda de crucería a la que se añadió el pórtico moderno que la circunda con arcos de medio punto; la cubierta se coronaba con un cuerpo pequeño de base redondeada rematado por una cruz que era, probablemente, una «linterna de muertos». La capilla de Santa María de Eunate, proyectada a finales del siglo XII, en un principio debió estar rodeada por una serie de edificios que formarían parte de las dependencias de un priorato u hospital o, posiblemente, de ambas cosas a la vez. Unas excavaciones han sacado a la luz numerosos enterramientos y, en algunos, aparecieron veneras, típicos emblemas de los peregrinos. La tipología del edificio y las problemáticas noticias documentales coinciden en su significación funeraria³⁸. Lamentablemente nos falta la linterna, lo que hace creer que, o el proyecto original no se llevó a cabo o, tras un hundimiento no se volvió a reconstruir, siendo sustituida por la espadaña. La iglesia del Santo Sepulcro es el ejemplo más claro de un edificio de características funerarias, a la vez que una iglesia-linterna para difuntos y caminantes que, quizás, tuvo una torrecilla octogonal en el vértice³⁹, en cuya «linterna de muertos» se encendía el fuego por la noche⁴⁰. Evidentemente, la iglesia de Torres presenta un perfil más esbelto y una mejor articulación de los muros que la de Eunate, a lo que hemos de añadir el conjunto de ventanas que se abren bajo el alero.

El peregrino, por su parte, podía dejar sus bienes o parte de ellos al centro que lo había acogido en los momentos finales de su vida; incluso, en los hospitales principales había escribanos destinados a la redacción de testamentos. De hecho, Alfonso IX reconocía el derecho del peregrino para testar y Alfonso X legisla en *Las*

alabanza al Hospital de Roncesvalles, conocido como *La Preciosa*, hace mención a esta y otras atenciones dispensadas a los peregrinos: *In hac domo pauperum pedes abluuntur./ Barbe cum rasoriis eis auferuntur./ Lavatis capitibus, capilli tolluntur./ Non est parum dicere ea que sequuntur.* (*La Preciosa* 1199-1215, fol. 89v-90v, Versos 69-72, fol. 89v; Fita 1884, pp. 172-184; Ibarra 1936, pp. 102-107 y 995-999; Vázquez, Lacarra, y Uria 1948-1949 (Reed. 1992, Tomo III, n.º 60, pp. 66-70); Peris 1996, pp. 171-209). Sobre los ejercicios de piedad en los hospitales vid. Muñoz Párraga 2004, pp. 129-150.

³⁵ Laffi 1989, p. 185.

³⁶ A los Comendadores de la Orden de Santiago se les exigía cuando fallecían entregar su vestuario y su cama a los hospitales de la orden o, en su defecto, el importe de ellos. El infante don Juan, hijo de Alfonso X, manda en su testamento, otorgado en Segovia el 31 de enero de 1319: «Otro si mando que el día del mio enterramiento, que den toda la mi cama, assi como la yo oviere entonces por mi alma, la mitad della al ospital del Rey, e la otra mitad á los malos de Sant Lázaro y de Burgos» (Martínez Sanz 1866 (Reed. 1983, pp. 172-173).

³⁷ Fernández Caro 1891, p. 15; Vázquez, Lacarra y Uria 1948-1949 (Reed. 1992, Tomo I, p. 326, nota 159).

³⁸ Bango 1993, p. 112.

³⁹ *Dum eorum aliquis migrat, sepulture/ Datur, ut precipiunt leges et Scripture./ Est ibi basilica, in qua, qui nature/ Sua solvunt debita, sunt perenny iure* (Versos 121-124, fol. 90)

⁴⁰ Bango 1993, p. 150.

⁴¹ Ídem., pp. 170-171.

⁴² La linterna funeraria superior tiene paralelos con las francesas de Fenioux (Poitou) y Rioux (Saintogne), ambas del siglo XII. Son muy frecuentes en los cementerios del suroeste de Francia las llamadas «linternas funerarias», desde las cuales por la noche se proyectaba una luz sobre las tumbas. En Italia, próxima a Bérgamo se encuentra, apartada de lugares habitados, la iglesia de San Tomaso in Lemine (Almenno San Bartolomeo), relacionada con la peregrinación que data del siglo XI, en cuyo vértice hay una linterna circular con ventanas geminadas. Otros ejemplos en Plautl 1988. No

Partidas para evitar los fraudes, recordando a sus súbditos la obligación que tenían con los peregrinos:

Enferman á las vegadas los pelegrinos et los romeros andando en sus romerías, de la manera que sintiéndose muy cuitados de las enfermedades, han de facer sus testamentos et sus mandas. Et porque acaesció ya en algunos logares que aquellos en cuyas casas posaban los embargaban maliciosamente que non podiesen esto facer, con intención que si muriesen que fincasen en ellos todas las cosas que taien...³⁷

En Navarra, los monjes negros de San Benito regentaron algunos hospitales como los de Leire e Irache, aunque hemos de tener en cuenta que, salvo Irache, las abadías benedictinas quedaban apartadas de la ruta de peregrinación. Con la reforma cisterciense, los llamados monjes blancos se hacen cargo de algunos monasterios de la antigua observancia benedictina y también de sus hospitales, aunque tuvieron sus propias fundaciones y, al parecer, sus hospedajes fueron mejores que los de otras órdenes. Sin embargo, desconocemos la existencia de hospitales en algunos monasterios del territorio navarro, quizás por su situación alejada del Camino. Igualmente, tuvieron especial significación ciertos hospitales administrados por los Canónigos Regulares de San Agustín: el de Roncesvalles y el de Santa Cristina de Somport, puntos de partida de las dos vías principales del Camino de Santiago, en Navarra y Aragón respectivamente. Los Premonstratenses también mantuvieron establecimientos hospitalarios como el del monasterio de San Salvador de Urdax, que ya desde finales del siglo XII se documenta como *domus elemosynaria*³⁸. La Orden de los Antonianos, adoptando la regla de San Agustín, se dedicó al cuidado de los peregrinos que padecían el «fuego de San Antón» y sus establecimientos estaban separados de las ciudades para evitar contagios; las casas de la orden en España se agruparon en dos grandes encomiendas: la de Olite, de la que dependían catorce conventos en Navarra y Aragón, y la de San Antón de Castrojeriz (Burgos). Por último, la Orden Franciscana prestó auxilio hospitalario a los pe-

regrinos, aunque en forma de limosnas o repartiendo ropa y comida.

Por su parte, las órdenes Militares también jugaron un papel importante en la asistencia hospitalaria. La del Temple, bajo la regla de San Bernardo, es la primera que practicó la hospitalidad en lugares como Puente la Reina. La Orden de San Juan de Jerusalén poseyó un gran número de hospitales, unos de fundación propia y otros heredados de los templarios, que prestaron excelentes servicios a los peregrinos, sobre todo por el hospedaje y la asistencia que recibían en sus casas, entre los que podemos destacar el de Cizur Menor y el del Crucifijo de Puente la Reina.

Para darnos una idea de lo que se tenía por un hospital importante en el siglo XII, disponemos de la descripción que Aymeric Picaut hizo del de Santa Cristina de Somport:

El Señor instituyó en este mundo tres columnas muy necesarias para el sostenimiento de sus pobres, a saber: el hospital de Jerusalén, el de Mont-Joux y el de Santa Cristina que está en Somport. Estos tres hospitales están colocados en sitios necesarios; son lugares santos, casas de Dios, reparación de los santos peregrinos, descanso de los necesitados, consuelo de los enfermos, salvación de los muertos, auxilio de los vivos. Así, pues, quienquiera que haya edificado estos lugares sacrosantos poseerá sin duda alguna el reino de Dios³⁹.

A pesar de la fascinación con que el autor nos describe este hospital como uno de los tres grandes del mundo, cuando en 1610 el geógrafo portugués Labaña, encargado de trazar un mapa con los Itinerarios de Aragón, visitaba el *Hospitale Sancte Christine de Summo Portu*, como lo denominan los documentos⁴⁰, escribió en sus apuntes que «era un pequeño y mal edificio con iglesia de coro alto y celdas»⁴¹. La localización del hospital de Somport fue dada con precisión en 1920 por Maussier, quien examinó los restos de unas cimentaciones de la planta de un edificio constituido por un rectángulo de 13 x 25 m⁴². Si éste era considerado como uno de los grandes hospitales, podemos imaginarnos cómo

obstante, hay otros autores que disienten de estas hipótesis, *vid.* Martínez de Aguirre y Gil 2004, especialmente pp. 90-91.

³⁷ *Las Siete Partidas* 1807, Tomo III, Partida VI, Título I, Ley XXX (Reed. 1972), pp. 374-375.

³⁸ López de Guereño 1996, pp. 19-60; López de Guereño 1997.

³⁹ *Liber Sancti Jacobi* 1992, Libro V, Capítulo IV, p. 508.

⁴⁰ Acerca de su fundación *vid.* Cat. 226.

⁴¹ Labaña 1895, p. 34.

⁴² Maussier 1920, pp. 17-22.



Iglesia del Santo Sepulcro de Torres del Río (Nvarra). Bóveda

serían los establecimientos menos importantes que jalonaron todo el Camino.

Dada la falta de elementos, es difícil establecer una tipología que nos permita llegar a una conclusión sobre las disposiciones y dependencias de estas instituciones. No obstante, los restos materiales conservados y las noticias documentales nos han permitido conocer algunas estructuras, que han servido de ejemplo para establecer ciertos modelos, aun teniendo en cuenta su excepcionalidad. Por un lado, los que poseen salas de cierta capacidad, con separación de hombres y mujeres, en la misma planta o en pisos diferentes, y dependencias accesorias, como el de Roncesvalles.

I. Los Caminos en Navarra

Por la ruta navarra, los peregrinos atravesando Valcarlos ascendían al alto de Ibañeta, en el que se alzaba la ermita de San Salvador, donde en principio estuvo el hospital «...la qual parece fue el primer edificio para recoger allí a los pobres peregrinos que pasaban y pasan y para que hubiese quien los encaminase»³⁷, conduciéndoles el descenso hasta el interior del conjunto hospitalario de Roncesvalles por el «Portal de los Peregrinos». El origen del Gran Hospital se remonta al siglo XII, cuando el obispo de Pamplona, Sancho de Larrosa (1124-1142), con el apoyo de Alfonso I el Batallador, lo funda ca. 1127 y 1132 para acoger a los caminantes. La advocación del hospital fue dedicada a la Virgen y, para su servicio, se estableció una comunidad de Canónigos Regulares de San Agustín, regla por la que se regía el cabildo de la catedral de Pamplona. En el hospital de Roldán, como lo llama la *Guía del Peregrino*³⁸, los caminantes recibían todo tipo de atenciones y, según nos narra *La Preciosa*, en él se daba asistencia a cristianos y paganos, judíos y herejes, pobres y ricos...³⁹; se les lavan pies y cabeza, se les afeita la barba, se les cortaba el pelo y se les reparaba el calzado a los caminantes⁴⁰; los enfermos, atendidos con mayores cuidados y mejores productos, sólo abandonaban el hospital cuando se habían curado y reposaban en lechos blandos y limpios, servidos por mujeres bellas y honestas⁴¹. Estas atenciones se seguían dispensando en el siglo XV como lo

atestigua Jerónimo Münzer: «...llegamos al altísimo monte de Roncesvalles (Runcivallis). Allí encontramos un monasterio de canónigos, que tiene aneja una hospedería, donde se les da a los peregrinos vino, pan, hospedaje y demás cosas»⁴². Por su parte, el clérigo boloñés Domenico Laffi definía el hospital como uno de los más ricos de todo el viaje, donde los peregrinos recibían un magnífico trato durante los tres días que podían permanecer en él.

Según el poema *La Preciosa* había dos casas diferentes en las que se albergaban hombres y mujeres⁴³ y una capilla-osario donde se daba sepultura a los que fallecían en el hospital⁴⁴. La ubicación primitiva del hospital debió de estar al oeste de la iglesia, como parecen indicarlo restos de muros en los que se intuyen los arranques de unos arcos y, desde él, accedían al templo seguramente a través de un pasadizo. Era éste, sin duda, el que se denomina «Hospital antiguo» en un Inventario sobre fincas urbanas del año 1843: «Un Hospital en Roncesvalles sito dentro del ámbito de la fábrica de la Iglesia Colegiata, sobre su claustro conocido con el nombre de Hospital antiguo»⁴⁵. Asimismo, se cita un hospital nuevo que es el que se comenzó a edificar en 1791, cuyas obras se suspendieron por la guerra contra los franceses (1793-1795), que sirvió de cuartel: «...y otro Hospital conocido con la denominación de nuevo próximo al anterior, y afrontante por el norte con la casa llamada del Carpintero, medio día con la del Administrador, oriente con el patio tras de la Iglesia y poniente con el campo»⁴⁶. El conjunto hospitalario sufrió numerosas remodelaciones durante las etapas gótica y renacentista, siendo la más acusada la que se llevó a cabo en el siglo XVII.

En el lado suroeste de las dependencias colegiales se levanta un edificio llamado Itzandeguia, restaurado hace unos años, que, dentro del conjunto de edificios, adquiere un interés especial por su estructura. Es una gran nave dividida por arcos diafragmas y contrafuertes al exterior que, al parecer, tuvo dos plantas cuya disposición y dimensiones serían parecidas a las del hospital que se alzaba frente a la iglesia. Este edificio, fechado a comienzos del siglo XIII, y que identificamos como el otro hospital de peregrini-

Ibarra 1936, p. 512.

³⁷ «...después pasada la cumbre del mismo monte, se encuentra el hospital de Roldán; luego la villa de Roncesvalles...» (*Liber Sancti Jacobi* 1992, Libro V, Capítulo III, pp. 502-503).

³⁸ *Porta patet omnibus, infirmis et sanis, / Non solum catholicis verum et paganis, / Judeis, hereticis, ociosis, vanis, / Et, ut dicam breviter, bonis et profanis* (Versos 57-60, fol. 89v).

³⁹ Vid. Nota 22.

⁴⁰ *negris perfectitur opus pietatis, / Requiescunt mollibus lectis et ornatis, / Non recedit aliquis, nisi cedat gratis, / Donec quis accipiat donum sanitatis* (Versos 109-112, fol. 90).

⁴¹ Münzer 1991, p. 305.

⁴² *Due sunt aptissime domus infirmorum, / Quorum una feminis, altera virorum / Deputatur usibus, voluptati quorum / Presto sunt per omnia genera honorum* (Versos 97-100, fol. 90). En el siglo XVI se debía seguir manteniendo dicha separación, pues en un inventario del año 1587, refiriéndose al Hospital se dice: «En el de arriba, destinado a los hombres, diez camas... En el hospital de abajo, destinado a las mujeres, nueve camas...» (Ibarra 1936, p. 508).

⁴³ Vid. Nota 27. En un extracto de la información abierta en 1663 sobre el trato que se daba a los peregrinos en Roncesvalles, el médico Guillermo de Arrain declaró: «Y si acaso alguno muriere en la enfermería, acostumbra dichos canónigos de enterrarle dentro de una iglesia llamada del Espíritu Santo, cantando la misa uno de dichos canónigos con asistencia de los demás y de los racioneros, y se entierran en la circunferencia del puesto en donde se enterraron los que murieron en la batalla que tuvo Carlomagno» (Ibarra 1936, pp. 648-649; Vázquez, Lacarra y Uría 1948-1949 (Reed. 1992, Tomo III, n.º 68, pp. 80-81).

⁴⁴ A.G.N., Caja 35.118. Inventario n.º 9 de la Colegiata de Roncesvalles, Año 1843. Libro Delegación de Hacienda 1432.

⁴⁵ Idem.

nos, responde a ese grupo que sirvió de modelo para otros centros hospitalarios dependientes de Roncesvalles, tanto los construidos en la vía principal, como el de Larrasoña o el de la Trinidad de Arre, e incluso los que se alzaban en rutas alternativas, como el de Santa María de Velate, ubicado en la de Bayona a Pamplona. Éste, fundado ca. 1160, tuvo un monasterio dúplice regido por un prior y una priora. El hospital dependía del prior de Velate, dignidad de la catedral de Pamplona, y estaba atendido por *freires y dueñas* o religiosas. Es un edificio de una sola nave cubierta con bóveda de cañón apuntado dividido por fajones que voltean en ménsulas, contrarrestados por contrafuertes en el exterior.

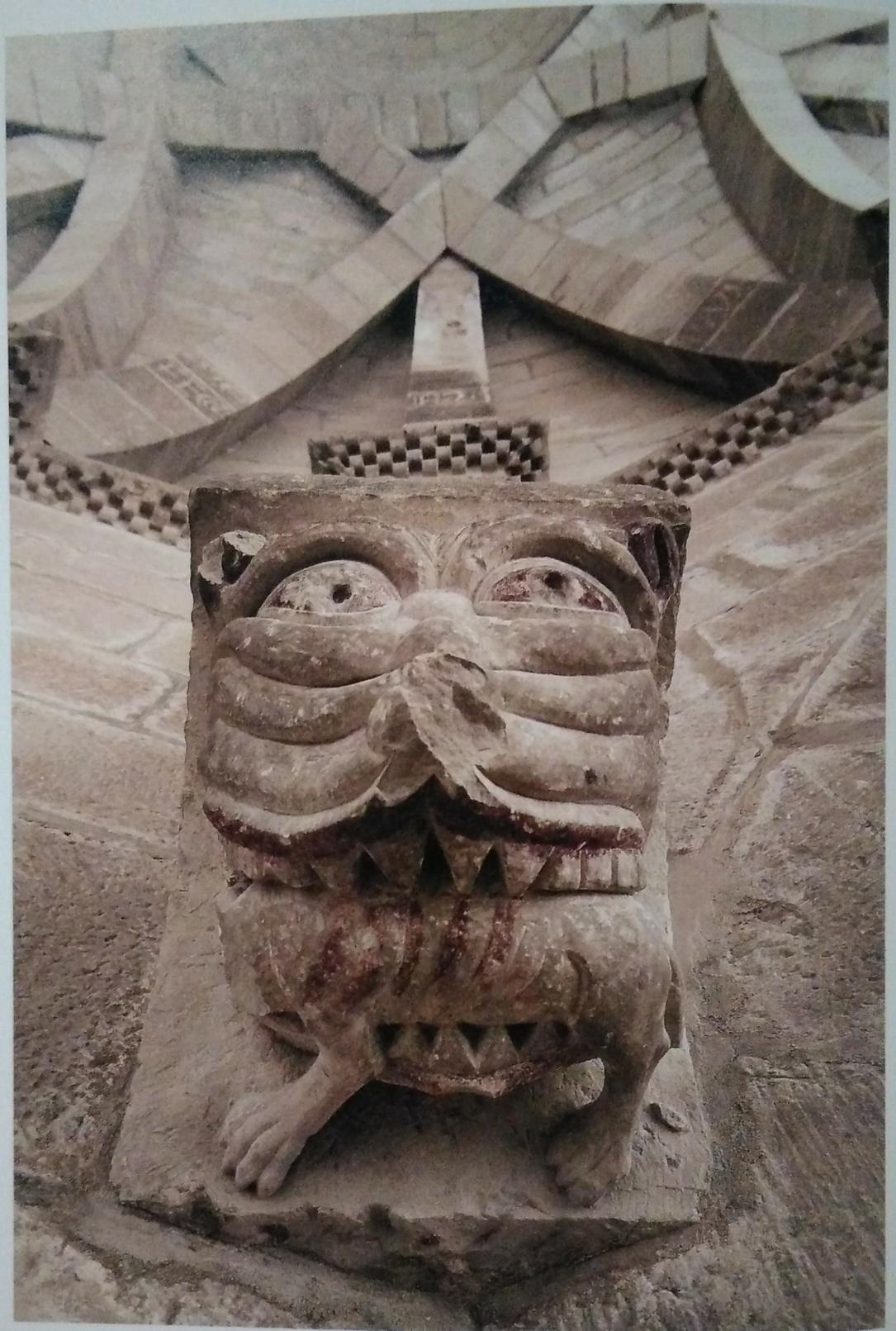
A la salida de la hospedería de Roncesvalles, pasando el sitio marcado por una cruz de piedra, se extiende hasta Burguete un profundo valle. En el descenso del puerto de Erro el Camino llega a Zubiri (en vasco, «Pueblo del Puente») y antes de pasar el puente hubo una leprosería con la advocación de Santa María Magdalena. Los peregrinos cruzaban el Arga por el puente de la Rabia, de estructura gótica, que, hasta hace muy poco, fue objeto de ritos mágicos. Los vecinos acostumbraban introducir a los animales afectados por la rabia en el río y dar vueltas en torno al pilar central, pues era creencia que en el estribo estaban enterradas las reliquias de Santa Quiteria.

Tras abandonar el valle de Erro los viandantes podían pernoctar en Larrasoña, localidad mencionada por la *Guía* como Resogna. Aquí hubo una clavería, que era una casa con iglesia, donde residía un clavero, seglar o sacerdote, según su importancia. Era habitual que allí donde los canónigos de Roncesvalles tenían una clavería hubiera un hospital. Éstas fueron muy numerosas en Navarra ya que eran edificios donde se recogían las rentas y diezmos de varios pueblos o valles, que se entregaban al clavero mayor de Roncesvalles. Asimismo, custodiaban los bienes y hacienda concedidos a los religiosos por los reyes o autoridades eclesiásticas, cuya disposición y empleo de las rentas se utilizaban para los gastos del hospital. El edificio es un caserón cuya estructura original está alterada, aunque todavía se pueden ver en su interior los arranques de ar-

cos diafragma y, por el exterior, algunos contrafuertes y en el muro norte una cruz de Roncesvalles tallada en un sillar.

El Camino sigue el cauce del Arga, siendo necesario cruzarlo en varias ocasiones, para lo que varios puentes de piedra facilitaban la marcha de los romeros. En Iroz, los peregrinos cruzaban el puente románico de Iturgaiz, formado por un arco central flanqueado por otros dos menores, para continuar hacia la Virgen de las Nieves de Zabaldica. Desde aquí, volvían a cruzar el Arga por un puente de tres arcos apuntados, siguiendo el Camino por Arleta y, pasando por el norte del monte de Miravalles en la confluencia de los caminos de Roncesvalles y Velate, alcanzaban el gran puente de cuatro arcos que salvaba el río Ulzama y les daba acceso directo al hospital de la Trinidad de Arre, regentado por dos Congregaciones, una de clérigos y otra de laicos. En el lado norte de la iglesia se alza lo que fue el antiguo hospital, que hoy se utiliza como albergue de peregrinos. Es una estructura rectangular que se abre al exterior por una triple arquería apuntada y contrafuertes; el interior está totalmente reformado. Cuando los peregrinos llegaban enfermos la cofradía se hacía cargo de su traslado en cabalgaduras hasta Roncesvalles.

Al llegar a Pamplona, de entre sus varios puentes medievales, el Camino francés optaba por el puente de la Magdalena, que les permitía cruzar el Arga y subir a la ciudad entrando en el recinto amurallado por el Portal de Francia. Junto al puente existió el hospital de la Magdalena que, como en otros lugares, acogía a los peregrinos y viajeros que padecían enfermedades infecciosas, evitando así la contaminación de la ciudad. Más tarde se utilizó para albergar a los peregrinos que llegaban al anochecer y no podían entrar en Pamplona por estar cerradas sus puertas. A él se refiere Herman Künig von Vach diciendo: «Cuando llegas al puente, puedes torcer a un hospital. Allí dan vino y pan». Desde el siglo XI se establecieron en Pamplona grupos de «francos» creándose los burgos de San Cernin y San Nicolás, en los que existieron centros hospitalarios que acogían a los peregrinos. Desconocemos en qué momento se fundó el primitivo hospital de San Miguel ya que, en 1125, un



Iglesia del Santo Sepulcro de Torres del Río (Navarra). Ménsula del interior

personaje llamado Miguel regaló unas casas que tenía junto a la catedral para que trasladasen allí el dicho hospital. En el siglo XIII, el obispo Miguel Sánchez de Uncastillo dispuso que tuviese cincuenta camas y que a cada peregrino se le diese una ración de pan y vino y un plato de verdura, carne o legumbres. Extramuros de la ciudad se alzaba el hospital de San Juan de la Cadena donado, en 1173, por el obispo Pedro de Artajona a la Orden de San Juan; próximo a éste de la Cadena estuvo el hospital de San Lázaro. Sin duda, uno de estos dos debe ser el que alude Herman Künig cuando hace referencia a un hospital junto al Pórtico de San Antonio.

El Camino sale de Pamplona cruzando el arroyo Sadar y el río Elorz, ascendiendo hacia Cizur Menor donde se encuentra la iglesia de San Miguel Arcángel, único vestigio que queda del monasterio que perteneció a la Orden de San Juan, en el que había un hospital para alojar peregrinos. Desde el siglo XII fue la principal encomienda de la orden en Navarra.

Discurriendo por territorio navarro el Camino entra en Puente la Reina, donde confluyen las cuatro vías que, procedentes de los pasos de Somport y Roncesvalles, conducían a los peregrinos al llamado «Camino francés» o «vía francígena» que, a partir de aquí, será uno sólo.

La villa tiene su origen en la segunda mitad del siglo XI y es evidente que debe su existencia al puente que da nombre a la localidad. Para poblarla, Alfonso el Batallador le concedió, en 1122, el Fuero de Estella convirtiendo a sus pobladores en hombres libres, lo que propició su pronto desarrollo. El hospital más antiguo fue el de Santa María de Murubarren, fundado extramuros de Puente la Reina, junto a la iglesia de Santa María de los Huertos, encargándose de su custodia los Caballeros del Temple, a cuya orden se lo cedió García Ramírez en 1142. Más tarde pasó a la Orden de San Juan y, en 1448, Juan de Beaumont, gran Prior de la Orden de Hospitalarios de San Juan de Jerusalén, fundó un hospital de freires y comendadores de su orden en el lugar donde los Caballeros del Temple habían tenido su hospital de peregrinos, que entonces estaba arruinado. Con esta orden tomó la advocación del Crucifijo. El Camino cruza ba-

jo el pórtico abovedado que unía la Iglesia del Crucifijo con lo que fueron las dependencias hospitalarias⁴⁷.

La población de Puente la Reina es un rectángulo rodeado por una muralla que atraviesan, de Este a Oeste, tres calles paralelas. La central, la calle Mayor, es donde los peregrinos encontraban todo lo necesario y en la que se alzaban los edificios más destacados, como la iglesia de Santiago. Al final de esta calle el recinto murado se cerraba con una puerta torreada que daba acceso a la «linda puente», que es, sin duda, el puente más emblemático del territorio navarro. En principio tuvo tres torretas defensivas: dos en los extremos, de las que todavía se conserva la puerta de la torre en el extremo de la ciudad, que impedía el tránsito nocturno, y otra en el centro del puente. Tenía una capillita, abierta en los cuatro frentes, que albergaba numerosas imágenes, además de la Virgen del Puy, protagonista de la leyenda del *txori*. Éste era un pajarito que, cada cierto tiempo, llegaba a la ciudad entre el regocijo de los lugareños. El *txori* limpiaba las telarañas de la imagen de la Virgen con sus alas y le lavaba la cara con el agua que cogía del Arga en su pico. Una vez concluida la tarea levantaba el vuelo desapareciendo por otro largo período de tiempo. Cuando las gentes del pueblo le veían llegar acudían al puente para contemplar el acontecimiento, pues la vuelta del *txori* era presagio de buenas nuevas.

La ruta continúa por el despoblado de Barga, que fue encomienda del Temple y después de la Orden de San Juan que, a finales del siglo XII, fundó un hospital para peregrinos regido por un comendador. Por Mañeru se llegaba a Cirauqui desde donde se ve la antigua calzada y el viejo puente de un solo arco. Ambas infraestructuras, de origen romano, eran utilizadas por los peregrinos por las que salvaban el pequeño arroyo. La parte superior del puente se debe a una remodelación del siglo XVIII.

Más adelante el Camino cruza el puente medieval sobre el río Salado, cuyo nombre se debe al extraño sabor de su agua. El autor de la *Guía* cuando habla de los buenos y malos ríos que en el Camino de Santiago se hallan, al referirse a éste de nuevo pone de manifiesto su animadversión hacia los navarros:

⁴⁷ A partir de la Desamortización el hospital ha tenido diversos usos y, actualmente, es un Colegio-Seminario de los PP. Reparadores.

Por el lugar llamado Lorca, en su parte oriental, pasa el río que se llama Salado. Allí guárdate de beber ni tú ni tu caballo, pues el río es mortífero. En nuestro viaje a Santiago, encontramos a dos navarros sentados a su orilla que estaban afilando sus navajas, con las que solían degollar las caballerías de los peregrinos, que bebían aquella agua y morían. Y a nuestras preguntas contestaron, mintiendo, que era buena para beber. Por lo cual abrevamos en ella a nuestros caballos y en seguida murieron dos de ellos, que inmediatamente aquéllos desollaron⁴⁸.

En la localidad de Lorca hubo un hospital de peregrinos, fundado en el siglo XII por Gascón de Murillo, con la advocación de Nuestra Señora de Roncesvalles, del que no se tienen noticias a partir del siglo XVI. Llegamos a Villatuerta, donde hubo un hospital para caminantes, y pasando el puente medieval de dos ojos apuntados, sobre el río Iranzu, salimos de ella para acercarnos a la ermita de San Miguel, que fue monasterio en el siglo XI. Hasta el año 1090 el Camino iba desde Villatuerta al monasterio de Zarapuz y, por la falda de Montejurra, llegaba hasta el monasterio benedictino de Irache, del que hablaremos más adelante.

Bordeando el río Ega y por el puente de la Cárcel entramos en Estella. Previamente existió la población de Lizarra sobre la que se asentó Estella por iniciativa del rey navarro-aragonés, Sancho Ramírez, no sin la oposición de los monjes de Zarapuz que pretendían que la nueva ciudad estuviera cerca de su monasterio temiendo sin duda, como así fue, quedar apartados del Camino. El nuevo lugar fue habitado por francos a los que el rey les dio fueros en torno al año 1090, lo que motivó su rápido crecimiento. El autor de la *Guía* que no se prodigaba en sus alabanzas hacia los navarros, alaba a Estella porque «es fértil en buen pan, óptimo vino, carne y pescado y llena de toda suerte de felicidades»⁴⁹.

En la ciudad hubo un gran número de hospitales desde el siglo XII atendidos por cofradías. Uno de los más antiguos fue la malatería de San Lázaro, situado en las inmediaciones del camino que venía de Pamplona, en el que se acogía a los leprosos, del que se conserva un dintel fir-

mado por Aldeberto, hoy en el Museo de Navarra. De la misma manera que el Camino es difusor de estilos también lo es de devociones, como vemos en dos templos cuya advocación es de clara tradición francesa: Nuestra Señora de Rocamador, iglesia que se debe a las peregrinaciones compostelanas y a los pobladores francos de Estella, de la que sólo nos queda la cabecera del siglo XII, que tuvo un hospital de peregrinos y Nuestra Señora del Puy, que en 1174 fue entregada por el obispo de Pamplona, Pedro de París, a la cofradía de los Sesenta, llamada cofradía de Santiago, con el consentimiento del rey de Navarra, Sancho el Sabio, y el cabildo de Pamplona:

Os doy y concedo aquella iglesia nuestra de Santa María del Poi sobre Lizarraga, para que la edifiqueis y mejoréis, y mejorándola, la tengáis libre e ingenua⁵⁰.

Los peregrinos cruzaban el río Ega por el puente de la Cárcel y nuevamente el *Codex* hace una alabanza de Estella al decir que «...su agua es dulce, sana y muy buena...»⁵¹. A pesar del perfil medieval del puente, éste se debe a una reconstrucción que se hizo, tras ser volado en 1873 durante las guerras carlistas. Los peregrinos salían de Estella por el Portal de Castilla o de San Nicolás, pasando por el santuario de Nuestra Señora de Rocamador.

Por Ayegui, y a corta distancia, estaba el monasterio benedictino de Santa María la Real de Irache. Uno de los hechos más importantes en la historia del monasterio es haber tenido el hospital de peregrinos más notable y antiguo del Camino. Fundado entre 1051-1054 por García Sánchez III el de Nájera⁵², para que sirviera de albergue a los peregrinos que iban o volvían de Santiago. El mismo monarca, en 1054, dona al abad Munio un robledal para el sostenimiento del hospital, que él había mandado edificar ante la puerta del monasterio⁵³. Sin duda, este hospital, tras la fundación de Estella, fue perdiendo poco a poco importancia al quedar ligeramente desviado del Camino⁵⁴. En la actualidad no queda ningún resto de él. Entre sus abades está la figura de San Veremundo, que ingresó en el monasterio en 1043, donde prime-

⁴⁸ *Liber Sancti Jacobi* 1992, Libro V, Capítulo VI, pp. 510-511.

⁴⁹ Ídem, Libro V, Capítulo III, p. 503.

⁵⁰ Goñi 1994, Tomo II, p. 495.

⁵¹ *Liber Sancti Jacobi* 1992, Libro V, Capítulo VI, pp. 511.

⁵² ... *in cenovio quod vocatur Sancte Marie de Iraz, ibique volutas genibus abbatis domno Munionis et omnium fratrum cum omni devotione rogavi ut ospitium peregrinorum edificaretur...* (AGN., *Becerro de Irache*, Sig. D-4, fol. 2; Vázquez, Lacarra, y Uria 1948-1949 (Reed. 1992), Tomo III, n.º 37, pp. 44-45.

⁵³ ... *et tradidi illud Sancte Marie de Iraz et domino abbati Munioni cum omnibus fratribus, ut serviat domui peregrinorum que feci iuxta portam Sancte Marie... ut cum venerint peregrini seu quolibet hospites inveniant elemosinas in elemosinaria* (A.G.N., *Becerro de Irache*, Sig. D-4, fol. 2; Vázquez, Lacarra y Uria 1948-1949 (Reed. 1992), Tomo III, n.º 38, pp. 45-46.

⁵⁴ Huidobro 1949-1951 (Reed. 1999), tomo I, p. 702; Nuñez de Cepeda 1940, p. 113; Vázquez, Lacarra y Uria 1948-1949 (Reed. 1992), Tomo II, pp. 144-145.

ro desempeñó el cargo de portero y, después, practicó la caridad con los pobres y peregrinos en el hospital. San Veremundo, cuyo lugar de nacimiento se disputan las localidades de Arellano y Villatuerta, es el patrono oficial del Camino en Navarra.

Desde Irache el Camino sigue, entre Montejurra y Monjardín, por Azqueta, Urbiola y Villamayor. En la encomienda de Cogullo fundaron los sanjuanistas un hospital que atendía una comunidad presidida por un comendador. A continuación de la ermita de Yánez llegamos a Los Arcos. Entre los hospitales que albergaban a los peregrinos en el siglo XII, destacó uno que financió Teobaldo II. De todos ellos, sólo se conserva el Hospital de Santa Brígida, del que se tienen noticias desde el siglo XV.

Al salir de Los Arcos, cruzando el arroyo de San Pedro, se llega al río Linares, al pie de Sansol, y es precisamente entre Los Arcos y Torres del Río, donde la *Guía* menciona un hospital, de nuevo, insiste en las aguas mortíferas de los ríos navarros: «Y más allá de Los Arcos junto al primer hospital, es decir, entre Los Arcos y el mismo hospital, pasa una corriente mortífera para las bestias y hombres que beben sus aguas»⁵⁵. Éste es el hospital que algunos especialistas identifican con Santa María de Melgar, regentado por la Orden de San Juan desde el siglo XII.

En la localidad de Torres del Río se encuentra la iglesia del Santo Sepulcro que, como ya hemos indicado anteriormente, tiene un carácter funerario al que añadimos la idea de iglesia-linterna para difuntos y guía de caminantes. Dada la falta de documentación se ha propuesto una serie de hipótesis sobre edificios con estas características⁵⁶.

El Camino abandona Torres del Río por el cementerio para pasar por la ermita de Santa María de Poyo y, bajando por el barranco de Mata-

burros, cruza el despoblado de Cornava para llegar a Viana.

La villa fronteriza de Viana es la última población navarra del Camino francés. A finales del siglo XV tenía tres hospitales: Nuestra Señora de la Alberguería, San Julián y Santa Catalina que se fusionaron en el de Nuestra Señora de la Gracia, según las disposiciones de los Reyes Católicos que potenciaron los grandes hospitales. Asimismo, hubo otro regentado por los antonianos en el que se asistía a los enfermos aquejados del «fuego de San Antón».

El Camino sale de Viana por el Portal de San Felices y pasando por el despoblado de Cuevas, donde los trinitarios mantuvieron un hospital hasta el siglo XIV, se dirige hacia el puente de Piedra que cruza el Ebro y pasa a territorio riojano.

Es evidente, que gran parte de los caminos de Navarra fueron utilizados por los peregrinos y, para ellos, se llevaron a cabo infraestructuras en diversos lugares, sobre todo en los siglos XII y XIII, momento del mayor apogeo de la peregrinación. Construir un puente, como edificar un hospital, era una obra de caridad y, por ello, a fines del siglo XII la Iglesia llegó a conceder indulgencias a los que con sus donativos contribuyesen a su construcción. En puntos muy concretos se levantaron hospitales de mayor tamaño y con mejores dotaciones, correspondiendo los más pequeños a los núcleos más modestos. No obstante, hay que pensar que los grandes establecimientos son una excepción dentro de la arquitectura hospitalaria. Los hospitales del Camino de Santiago, construidos en épocas diferentes, corresponden a diversos estilos por lo que variaba su traza y su disposición, siendo la mayoría modestas estructuras que, salvo excepciones, no sobrepasaron lo que podríamos definir como una arquitectura doméstica.

⁵⁵ *Liber Sancti Jacobi* 1992, Libro V, Capítulo VI, pp. 511.

⁵⁶ Acerca de ello, *vid.* la parte dedicada en este trabajo a los cementerios hospitalarios.